

# DARIO Y NERUDA

Fidel Coloma González

## I

### *El antepasado Imprescindible*

*“Estos poetas dan el tono descarnado del gran idioma español de los americanos, tan ligado con las fuentes de nuestros clásicos; poesía que no tiene vergüenza de romper moldes, que no teme el ridículo y que se pone a llorar de pronto en mitad de la calle”.*

*“Al lado de la prodigiosa voz del siempre maestro Rubén Darío y de la extravagante, adorable, arrebatadora-mente cursi y fosforescente voz de Herrera y Reissig y del gemido del uruguayo y nunca francés conde de Lautreamont, cuyo canto llena de horror la madrugada del adolescente, la poesía de Pablo Neruda se levanta con un tono nunca igualado en América de pasión, de ternura y sinceridad (1).”*

Con estas palabras, ya clásicas, presenta García Lorca a Pablo Neruda. Un año, o dos, antes, se habían conocido en Buenos Aires, donde rindieron homenaje a Rubén Darío.

En el momento cenital de su poesía, cuando García Lorca goza de un prestigio inmenso (las multitudes lo ovacionan en Buenos Aires por sus *“Bodas de Sangre”*) y cuando Neruda inicia su carrera meteórica hacia la consagración definitiva, ambos poetas recuerdan a su antepasado ilustre: a Rubén Darío. Ambos intuían que su poesía alargaba sus raíces hasta hundirlas en la caudalosa corriente (en *“la muchedumbre de sus versos”*) de la creación dariana.

Pero no sólo como hermano mayor *“imprescindible”* lo reconoce García Lorca, en estas palabras de Madrid. También encuentra que la poesía de los americanos Darío, Herrera y Reissig, Lautreamont y Neruda, posee caracteres comunes a todos ellos, que la singularizan: es tierna y sincera; a fuerza de apasionada, no teme el ridículo y a veces cae en lo cursi. En Buenos Aires Federicoseñalaba el *“mal gusto encantador”* de Rubén y *“sus ripios que llenan de humanidad la muchedumbre de sus versos (2).”*

La poesía hispanoamericana es un río poderoso y oscuro, que arrastra en su corriente toda clase de materiales terribles y misteriosos: peces ciegos, animales prehistóricos, fantásticas piedras arrancadas al corazón de las montañas. Es una poesía torrentosa, empapada en lino fecundante, en orines y jugos seminales, en sangre (poeta *“más cerca de la sangre que de la tinta”*, define Federico a Neruda); nutrida de lágrimas y de aguas abismales; atropellada y atrabiliaria: romántica.

Es evidente que García Lorca, al hablar de Neruda y de los poetas del momento en España, está definiendo su propia poesía, su *“poesía sin pureza”* (como dirá Neruda en su revista *“Caballo Verde para la Poesía”*, en 1935), frente a la *“poesía pura”*, desasida de contenido humano. Esto no escapa a la habitual clarividencia de Rodríguez Monegal, que señala: *“Algunas de las alusiones de García Lorca iban más allá de Neruda y de la ocasión que las suscitaba. Atacaban un concepto intelectual de la poesía que había estado sosteniendo esforzadamente Juan Ramón Jiménez y al que se habían adherido en sus primeras obras muchos de los mejores poetas españoles del siglo ( . . . ); también atacaban el fervor ultraísta que como rápida epidemia conmovió a España en la primera postguerra ( . . . ); también aludían a ciertos poetas americanos que se inscribían, como Vicente Huidobro, sobre todo, en esta línea experimental a la francesa (3).”*

Vemos, pues, qué íntimamente ligada se encuentra la obra nerudiana con la de Rubén Darío. Y el propio Pablo lo reconocerá más de una vez, como tendremos oportunidad de estudiar.

Es interesante averiguar de dónde le salen a Rubén estos discípulos, díscolos y aventajados. ¿Cómo es posible que se afirmen precisamente en la poesía rubeniana, para atacar las concepciones poéticas de Juan Ramón Jiménez, considerado como su discípulo y continuador? ¿Por qué caminos, por qué aspectos de la poesía de Rubén, se ha llegado a estas consecuencias revolucionarias?

Es lo que trataremos de dilucidar en este trabajo de homenaje a la memoria de Pablo Neruda.

## II

### *El Minotauro*

Durante la primera etapa de la poesía nerudiana, no encontramos alusiones explícitas a Rubén Darío. Por lo menos en el material que nos resulta accesible, no aparecen. Es probable que en los abundantes escritos nerudianos, éditos o inéditos, no recogidos en libros, existan referencias directas al nicaragüense. Es curioso lo que nos cuenta Margarita Aguirre :

"Hace unos meses tuve en mis manos los cuadernos del Neruda colegial de aquella época. En la primera página de uno de ellos estaba pegado el recorte de un diario o revista con la figura de un delgado poeta envuelto en una capa; impreso con un timbre de goma se leía su nombre: Neftalí Reyes; y en las hojas, copiados con ordenada caligrafía, había poemas de Sully Prudhomme, Baudelaire, Verlaine, Andre Spire, Bataille, Paul Fort . . . , algunos en francés y otros traducidos al español (4)."

Ningún poema de Rubén Darío. La afición del incipiente poeta al francés, se debe al influjo que sobre él ejercía el profesor de esa asignatura, el poeta Ernesto Torrealba, quien le prestaba libros de Gorky y le aconsejaba: "*Si quieres escribir, no sigas Castellano, porque no te podrás librar de la pedagogía (5).*" Parece que Pablo siguió el consejo, porque cuando se trasladó a Santiago, ingresó a estudiar francés al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

Estos son los años de "*Crepusculario*" y de "*20 Poemas de Amor y una Canción Desesperada*", período en el cual Neruda lucha por encontrar su propia senda poética. Termina en 1927, con su partida a Rangún, en el Lejano Oriente, cuando inicia su segunda etapa, vital y poética, la de "*Residencia en la Tierra (6).*"

De vuelta de este periplo, ha pasado por Chile, y está en Buenos Aires, camino de España. En la capital del Plata encuentra a García Lorca. Cuando entran en contacto estos dos polos fulgurantes de la poesía hispánica, surge el homenaje a Rubén Darío. Las circunstancias ya las conocemos. Es un momento trascendente para la poesía castellana. Ambos grandes poetas, con plena conciencia de su potencia creadora, resuelven honrar la memoria de Rubén Darío. ¿Qué conversaciones habrán mantenido para llegar a esta resolución? ¿Qué razones les habrán movido? ¿Es que sentían que Rubén Darío es representativo de la poesía y de la cultura hispanoamericana? ¿Es que intuían que Buenos Aires es la "*otra patria*" de Rubén, tan entrañablemente unido al "*fervor*" bonaerense? No lo sabemos. Lo cierto es que ofrecen su homenaje a Rubén Darío y en él trazan con tinta fosforescente profundas intuiciones acerca de la obra rubeniana, calan hondo en el poetizar de su gran antepasado. Advirtamos que, tras una aparente unanimidad, cada uno señala en Darío aquellos rasgos que interesan a su propia poesía. Veamos, pues, qué encuentra Neruda en Darío, en este primer homenaje explícito.

En primer lugar, observa (y también Federico), faltan testimonios en Buenos Aires que recuerden a Darío: ni estatuas, ni parques, ni elementos que reflejen su genial vitalidad.

Porque Rubén Darío es un poeta cósmico y vital: "*viudo de la vida, de quien fuera en su hora marido deslumbrante*", exclama con frase nervaliana. Y acumula los símbolos que expresan ese rasgo dariano: "*manzano y manzanas*", "*aceite*", "*resina*"; su "*nombre rojo*"; "*fundador de leones*", "*dedicaba estrellas*". En esta simbología recoge dos símbolos predilectos de Rubén: el cisne y la estrella: "*un león sin estrellas*".

Pero no se queda ahí. Penetra en la honda vena de la poética rubeniana, descubre sus lineamientos básicos: "*sus direcciones esenciales*": "*sus terribles dolores del corazón*", su "*incertidumbre incandescente*" y su "*descenso a los hospitales del infierno*", enlazándolo con el simbolismo francés y sus poetas malditos.

Luego, un atisbo: "*su poética magnífica, atravesada por sueños y sonidos*". Reconoce, pues, en el panida, dos vertientes: lo musical y rítmico ("*sonidos*") y lo visionario y profético (los "*sueños*"), esto último íntimamente

unido a lo humano.

No falta otro rasgo que repetirá Neruda en otras menciones posteriores: la relación de Darío con el viento y el mar de Valparaíso, su relación con Chile.

No se olvide que estamos en 1933 o 34. ¿Quién, por esas fechas, en el ámbito hispánico había penetrado tan profundamente el arte poético de Rubén Darío? ¿Qué otro crítico había sido capaz de calibrar la verdadera sustancia poética del nicaragüense, de rastrear la oculta senda que conduce de su poesía a la nueva lírica en lengua española? ¿Qué nosotros sepamos, nadie. El pobre Rubén, por aquellas calendas, estaba en manos de eruditos comineros o de la beatería de quienes exaltaban lo más externo o paramental de su obra. Es por primera vez, entonces, que se realiza un balance cabal de la poesía dariana y cumple a Neruda, y a García Lorca, acometer la empresa, con generosidad, con alegría, como jugando, pero con la buida penetración de verdaderos creadores.

Y es por ese ángulo de lo visionario, profético y humano, por donde sienten ellos que Darío es su antepasado ineludible. Por eso Neruda dice: *“sus atributos de poeta grande, desde entonces y para siempre, e imprescindible”*.

La experiencia española fue decisiva para Neruda, al punto de que la Guerra Civil de España (1936–1939) provoca un cambio radical de su orientación poética. Se integra total, y a veces, belicosamente, a la vida española. Colabora en revistas, funda revistas, lanza manifiestos. Uno de sus *“encuentros”* es Quevedo. Para la revista *“Cruz y Raya”* (diciembre de 1935), prepara una antología de Cartas y sonetos de Quevedo. De entonces data su veneración por *“este gran contemplador de osarios”*, como le llama, y su reflexión sobre la obra quevedesca, se prolonga por veinte años. En 1939 pronuncia en Montevideo una conferencia, *“Quevedo adentro”*, la que amplía hasta la versión definitiva del *“Viaje al corazón de Quevedo”* (1955).

En el fondo, al buscar la raíz de la obra quevediana, Neruda está reflexionando sobre su propia poesía. Y en este importante trabajo de 1955, deja en claro que, en contacto con Quevedo y con España, su poesía se orienta hacia un nuevo fin.

Pues en ese trabajo, en donde Neruda quiere mostrar cómo fueron confluyendo diversas influencias en su poesía, para que se gestara su nuevo poetizar, que él piensa representativo de lo que debe ser la poesía de América, recuerda a Rubén Darío.

Primero reconoce su calidad de *“padre del idioma”*. Darío ha renovado, rejuvenecido el castellano:

*“Martí nos ha dejado dicho de Quevedo: ‘Ahondó tanto en lo que venía, que los que hoy vivimos con su lengua hablamos’.*

*Con su lengua hablamos . . . A qué se refiere aquí Martí? A esa su calidad de padre del idioma que, como en el caso de Rubén Darío, a quien pasaremos la mitad de la vida negando para comprender después que sin él no hablaríamos nuestra propia lengua, es decir, que sin él hablaríamos aún un lenguaje endurecido, acartonado y desabrido?”* (10).

*“Pasaremos la mitad de la vida negando”*: el poeta ha tenido que enfrentarse con el gran hermano mayor. Su relación no ha sido de simple imitación servil: ha luchado con Darío, lo ha negado dialécticamente, como todo discípulo generoso niega al Maestro necesariamente: pero después ha visto florecer en la propia obra, jubilosa, triunfante, la esencia, el valor más puro de la obra de quien una vez abjurara. Y la encuentra en la lengua poética con que ahora estructura sus nuevas concepciones.

Más adelante le lanza una grave acusación: Rubén es afrancesado. Por eso, incapaz de construir la gran poesía americana, que de él podía esperarse :

*“Nuestras praderas, nuestros volcanes, nuestra frente abrumada por tanto esplendor volcánico y fluvial, pudieron hace ya tiempo construir en esta desértica fortaleza (se refiere a España) el arma de fuego capaz de horadar la noche. Hasta hoy, de los genios poéticos nacidos en nuestra tierra virginal, dos son franceses y dos son afrancesados. Hablo de los uruguayos Julio Laforgue e Isidoro Ducasse, y de Rubén Darío y Julio Herrera y Reissig. Nuestros dos primeros compatriotas, Isidoro Ducasse y Julio Laforgue, abandonan América a corta edad de ellos y de América. Dejan desamparado el vasto territorio vital que en vez de procrearlos con torbellinos de papel y con ilusiones caninas, los levanta y los llena del soplo*

masculino y terrible que produce en nuestro continente, con la misma sinrazón y el mismo desequilibrio, el hocico sangriento del puma, y el caimán devorador y destructor y la pampa llena de trigo para que la humanidad entera no olvide, a través de nosotros, su comienzo y su origen (7)".

No es justo Neruda con Rubén, cuando le hace este reparo. Si precisamente la última imagen de la cita anterior, esa pampa *"llena de trigo"*, ¿no recuerda las voces con que Darío exaltó tantas veces la grandeza de Argentina y de América?

Estos son años de duro bregar para Neruda: recorre América y el mundo luchando por sus ideales populistas, pacifistas: lucha por el pueblo y por la paz. Son los años que han culminado con su obra magna, el *"Canto General"*, publicado en México en espléndida edición (abril 3, 1950), que por su magnificencia recuerda otra, también de alto decoro tipográfico: *"La Ilustre Familia"*, del maestro Salomón.

Son años de lucha, pues, estos de la década del 50. En mayo de 1953, se reúne en Santiago de Chile el Congreso Continental de la Cultura, al que asisten Diego Rivera, Nicolás Guillén, Jorge Amado. El 26, Neruda pronuncia un discurso importantísimo, en el que plantea los que él piensa son los problemas urgentes de la hora para la poesía americana: la expresión y los materiales poéticos, la lucha popular.

El mayor problema: escribir para que todos entiendan :

**"El mayor problema de estos años en la poesía, y naturalmente en mi poesía, ha sido el de la oscuridad y la claridad. Y pienso que escribimos para un Continente en que todas las cosas están haciéndose, y sobre todo, en el que queremos hacer todas las cosas. Nuestras gentes están recién aprendiendo profesiones, artesanías, artes y oficios. Por lo menos, recobrándolos. Nuestros antiguos picapedreros, escultores y cerámicos fueron casi exterminados por la conquista. Nuestras ciudades tienen que reconstruirse. Necesitamos casas y escuelas, hospitales y trenes. Deseamos tenerlo todo. Somos naciones compuestas por gentes sencillas, que están aprendiendo a construir y a leer. Para esas gentes sencillas escribimos (8)."**

Agrega: *"Escribimos para gente, tan modesta que muchas veces, muchas veces, no sabe leer. Sin embargo sobre la tierra, antes de la escritura y de la imprenta, existió la poesía. Por eso sabemos que la poesía es como el pan, y debe compartirse por todos, los letrados y los campesinos, por toda nuestra vida, increíble, extraordinaria familia de pueblos"*.

*"No hay material antipoético si se trata de nuestras realidades"*, dice más adelante. Y en cuanto a la claridad de la expresión, cita nuevamente el paradigma dariano:

**"Unir a nuestro continente, descubrirlo, construirlo, recobrarlo, ese fue mi propósito. Hablar con sencillez era el primero de mis deberes poéticos. Los antiguos pensadores patricios, adustos como Bello, ( . . . ) o como Rubén Darío, cascada inalterable del idioma, nos indicaron este camino de sencillez y de construcción continental que ahora nos reúne."**

Probablemente en 1939, lo había llamado *"afrancesado"*, ahora siente que es su antecesor en esta tarea de *"construcción continental"*, que se ha impuesto. No importan las contradicciones. Lo que interesa es que Neruda en cada instante trascendente de su poesía, en todo momento en que se vuelve sobre sí mismo, para reflexionar sobre el rumbo de su poesía, ilumina la imagen de Darío, que no está muerto, sino que permanentemente vivo en su creación poética.

Por esos años (1954), Neruda cumple cincuenta años. Variados homenajes. En el Salón de Honor de la Universidad de Chile, pronuncia un discurso. Al saludar a quienes acudieron, de todo el mundo, sostiene que no vinieron a honrarlo a él, sino a honrar a los poetas y a la poesía: *"no vienen a celebrar en mi persona sino la responsabilidad de los poetas y el crecimiento universal de la poesía (9)."*

Y, como prueba, recuerda que bajo cielo chileno vivió Rubén Darío :

**"Bajo nuestra estrella antártica vivió Rubén Darío. Venía del maravilloso trópico de nuestras américas. Llegó tal vez en un**

invierno blanco y celeste como el de hoy, a Valparaíso a fundar de nuevo la poesía de habla hispana.

En este día mi pensamiento y mi reverencia van a su estrellada magnitud, al sortilegio cristalino que sigue deslumbrándonos”.

Más adelante recuerda a Gabriela Mistral y agrega:

“Yo recuerdo a Gabriela Mistral y a Rubén Darío como poetas chilenos y al cumplir cincuenta años de poeta, quiero reconocer en ellos la edad eterna de la verdadera poesía (10)”.

“Poeta chileno” . . . , tal como en Buenos Aires, García Lorca había dicho: “el gran poeta nicaragüense, argentino, chileno y español Rubén Darío”. Es decir: “ciudadano de la lengua”, como con orgullo y sagacidad había afirmado el propio Rubén (11).

Obsérvese que en el elogio nerudiano se repiten ciertos símbolos que ya habían aparecido en Buenos Aires. Ahora agrega otro, como siempre, intuitivamente certero: “*sortilegio cristalino*”. Destaca la impecable y diáfana estructura lingüística de Rubén, que brota de una ahincada y poderosa racionalidad, que aborrece lo confuso, lo desordenado, lo caótico o ilimitado. ¡Qué esfuerzo debió hacer siempre Rubén para someter su apasionado existir a límite y a norma! “*Sortilegio cristalino*”, es lo que ahora busca afanosamente Neruda, que cada vez más lucha por una poesía que exprese la angustia y los anhelos de su pueblo.

Rodríguez Monegal reproduce una anécdota que cuenta el propio Neruda, y que justifica este impulso de diafanidad que mueve a Pablo. Está dictando una charla ante humildes trabajadores, cargadores, del Mercado Central de Santiago. Al terminar, se levanta uno de ellos, tal vez un dirigente :

“Compañero Pablo, nosotros somos gentes muy olvidada; nosotros, puedo decirle, nunca habíamos sentido una emoción tan grande. Nosotros queremos decirle . . .

Y rompió a llorar, —continúa Neruda— con sollozos que lo sacudían. Muchos de los que estaban junto a él también lloraban. Yo sentí la garganta anudada por un sentimiento incontenible ( . . . ) Comencé entonces a pensar no sólo en la poesía social. Sentí que estaba en deuda con mi país, con mi pueblo (12).”

Pasa el decenio en medio de luchas y de poesía. En 1962 se incorpora Neruda, como miembro académico, a la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Es fiesta de poesía, porque el discurso de recepción lo pronuncia otro gran poeta chileno, de dilatada obra e influencia: Nicanor Parra.

En el suyo Neruda repasa todos los grandes temas que siempre le han preocupado: misión social del poeta, el quehacer poético como una herencia que se trasmite a través de las centurias, siempre renovado, porque su función es expresar el existir del hombre, sus miedos y sus ansias por un mejor destino. Por eso, paladinamente, —él, que había sido acusado de plagio, por más de un malqueriente—, reconoce que debe mucho a sus antecesores. Nombra nuevamente, entre ellos, a Rubén Darío.

“El mundo de las artes es un gran taller en el que todos trabajan y se ayudan, aunque no lo sepan ni lo crean. Y, en primer lugar, estamos ayudados por el trabajo de los que precedieron y ya se sabe que no hay Rubén Darío sin Góngora, ni Apollinaire sin Rimbaud, ni Baudelaire sin Lamartine, ni Pablo Neruda sin todos ellos juntos (13)”.

En qué constelación de grandes nombres coloca el de Darío: Góngora, Lamartine, Apollinaire, Rimbaud, Baudelaire.

El poeta envejece, se interna por las avenidas otoñales del recuerdo. Rehace imaginativamente su propia vida, busca su sentido, quiere desprender la lección perdurable para las nuevas generaciones de poetas.

Margarita Aguirre nos cuenta —estamos ya en 1967— que hace poco dejó a “*Neruda en Isla Negra escribiendo “Barcarola”*”. Serán poemas de verso largo y con un ritmo dariano que Neruda revitaliza con su propio aliento. Apasionadamente y con ternura rinde homenaje al que llama mi padre poeta (14)”.

"Barcarola" es un largo poema misceláneo, que consta de doce episodios. El sexto, dedicado a Rubén Darío, se titula: "R. D." (15). Este episodio consta de tres partes: I. Conversación marítima. Es Rubén Darío en Valparaíso. Dialoga con Rubén. Lo ve friolento, con hambre, abandonado en aquel ambiente inhóspito de aduanas. Lo insta a escapar y a "cantar con su río de marmol la ilustre sonata".

En la segunda parte, La Gloria, exalta la hazaña idiomática de Rubén :

Oh clara! Oh delgada sonata! Oh cascada de clan cristalino!.

Surgió del idioma volando una ráfaga de alas de oro  
y entonces la niebla del mundo retrocede a la infame bodega  
y la claridad del panal adelanta un torrente de trinos  
que decretan la ley de cristal, el racimo de nieve del cisne:  
el pámpano jédico ondula sus signos interrogativos  
y Flora y Pomona descartan los deshilachados gabanes  
sacando a la calle el fulgor de sus tetas de nácar marino.

Es el "sortilegio cristalino" el que de nuevo exalta. Engasta expresiones típicas del estilo dariano ("sublime sonata", del Nocturno de Cantos de Vida y Esperanza; "trayendo del azul rimas de oro", a Maestro Gonzalo de Berceo, de Prosas Profanas), reveladoras, tanto de sus variadas lecturas darianas, como de la completa asimilación que hace del estilo de Rubén. Resalta nuevamente la claridad deslumbrante de su poesía: "la ley del cristal".

La tercera parte nos presenta "La muerte en Nicaragua", "Así, desterrado en su patria mi padre, tu padre, poetas, ha muerto". Se reintegra Darío al plasma nutricional, "a la substancia aborigen de las ancestrales regiones". Con él vuelven "la pedrería que trajo a la historia, la rosa que canta en el fuego", "el alto sonido de su campanario, su luz torrencial de zafiro".

Termina: "Honor a su cítara eterna, a su torre indeleble! "

Así, con estos versos rítmicos, se despide Neruda de su "padre poeta". Lo ha acompañado toda su vida: en el erotismo romántico de sus primeros poemas, pasando por los "hospitales del infierno" rimbaldianos, de "residencia en la Tierra", hasta en la poesía abierta, comunicativa y beligerante, del "Canto General".

El poeta ya está con las horas contadas. Se acerca el crepúsculo; es hora, como él dice, "de cerrar las estrellas".

Managua, D. N., Noviembre de 1973 .-

1. Federico García Lorca. *Presentación de Pablo Neruda. Realizada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid, 1934-35*, Luis Enrique Délano ("Neruda en España". Aurora, Nos. 3-4, Santiago de Chile, Julio-Diciembre 1935), nos cuenta que Neruda había llegado a Madrid a comienzos de 1935, aunque antes había hecho algunos viajes a la capital desde Barcelona, a donde arribara como cónsul a mediados de 1934.

2. "Discurso al alimón de Federico García Lorca y Pablo Neruda sobre Rubén Darío." En: FGL: O. C., Aguilar, 1965, p. 147. Neruda llega a Buenos Aires, como Cónsul de Chile ( ¡qué dariano: Rubén había llegado también como Cónsul —de Colombia— a Buenos Aires, hacía casi cuarenta años! ). El 13 de Octubre de 1933 se conocen Neruda y Federico en casa de Pablo Rojas Paz. Parece que ese mismo día había arribado García Lorca a Buenos Aires. El P. E. N. Club Argentino organiza un banquete en honor de los dos poetas. Ellos agradecen con este homenaje a Rubén Darío. Es muy probable que esta fiesta se haya efectuado ese mismo año 33 o a comienzos del 34. Federico parte a España el 27 de Marzo del 34; Pablo, el 5 de Mayo.

3. Emir Rodríguez Monegal. *El viajero inmóvil Introducción a Pablo Neruda*. Buenos Aires, Losada, 1955, p. 84.

4. Margarita Aguirre. *Las vidas de Pablo Neruda*. Santiago, Zig-zag, 1967, p. 93. El cuaderno a que se refiere debe fecharse en torno a 1916-17. Recuérdese que el hombre original de Pablo es Neftalí Ricardo Reyes Basoalto.

5. José Santos González Vera. "En torno a Pablo Neruda". En: Aurora Número citado, págs. 229-230.

6. Alone. *Los cuatro grandes de la literatura chilena durante el siglo XX*. Santiago, Zig-Zag, 1963, p. 189.

6. Viaje . . . , O. C., II, p. 11.

7. Viajes . . . , O. C., II, p. 12.

8. *Esta y las posteriores citas de este discurso, no recogido en las Obras Completas de Neruda, se reproducen de Emir Rodríguez Monegal, Obra citada, p. 146 y siguientes.*
9. **Discurso en la Universidad de Chile en su 50. Aniversario.** O. C., II, p. 1085.
10. **Discurso . . .**, p. 1086.
11. *Prólogo a El Canto Errante.* O. C., Aguilar, (1967), p. 694.
12. *Emir Rodríguez Monegal. Obra citada, p. 98.*
13. *Pablo Neruda. Latorre, Prado y mi propia sombra.* O. C., II, p. 1103.
14. *Margarita Aguirre. Obra citada, p. 318.*
15. *Recuérdese su artículo de homenaje a Bécquer, titulado: "G. A. B. (1836—1936)". publicado en Caballo Verde para la poesía. (Se reproduce en el tomo II de sus obras completas).*

Fidel Coloma González  
*Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua*